

EL ROSTRO DE NUESTRA CESANTIA

JOSE ALDUNATE, s.j.

No conocemos en verdad el rostro de nuestra cesantía, que ya se arrastra en forma grave por ocho años, aumentada ahora por la recesión. No conocemos ese rostro, porque no lo queremos mirar. Su figura no es grata y, además, suscita en nosotros una íntima turbación. Más vale no dejar que los ojos del cesante se claven en los nuestros como dos dagas que nos llegan al alma. El autor parte con una descripción de nuestra cesantía, sus formas y su magnitud. Pero luego, más allá de sus causas externas, penetra en su razón profunda. Esta nos cuestiona en lo vivo, en nuestras existencias demasiado instaladas, en nuestras lealtades últimas.

—Acabo de hablar con un cesante —nos cuenta la Hna. Odile, una de las muchas religiosas que trabajan en poblaciones.

—¿Esta es su casa...? —preguntó—. Es bonita.

—Sí, pero le falta el techo en toda esta parte. Le había puesto un nylon, pero se quemó y quedó así. Se acabó el trabajo y no se pudo seguir... La señora se fue...

—¿En qué trabajaba antes?

—Trabajé en construcción. Primero trabajaba en una fábrica de dulces, luego en... (otro oficio), y después en construcción. Ahí soy maestro carpintero, pero hace un mes y medio que quedé cesante y aquí estoy, sin poder encontrar..., salgo todos los días, encargo a los amigos, pero no hay caso... Por eso se fue mi señora...

(Averiguando más por qué se había ido la señora, resultó que la causa principal fueron las desavenencias de los esposos por el mismo hecho de que ella hubiese encontrado un trabajo estable como ayudante de enfermería. La relativa autonomía de la esposa y la humillación del marido provocaron tensiones que hicieron naufragar la unión familiar).

—¿Y tiene hijos?

—Sí, tres. Un hijo varón está

conmigo y dos niñas que están con la mamá. La menor viene el viernes y se va el domingo.

—¿Cuántos años tiene el mayor?

—Tiene 17 años. No quiso irse con su madre. Viene en la noche, porque estudia (y casi se le quiebra la voz y se le llenan los ojos de lágrimas). No tengo nada... A veces recibo \$ 100 por ahí, por acá y con esto comemos un poco de pan y de té en el día... Y no sé tampoco si va a poder seguir estudiando, porque esta semana faltó tres veces.

—¿Por qué?

—Porque no tenía plata para la locomoción.

Otra conversación:

—Hola, ¿cómo está, señora?

—Mal, Madre; ¡muy mal!

(Su esposo quedó cesante poco después del golpe. "Renuncia voluntaria", pero si no renunciaban los iban a acusar de ladrones y los iban a hacer detener. Luego él se fue al norte a trabajar en la panadería de un pariente. Se fue con toda la familia, pero ésta volvió y luego volvió él, porque el trabajo allá se puso malo. Luego se vino también el pariente... El esposo, al no encontrar trabajo, se puso a vender tazas por las poblaciones).

—Hugo sale todos los días con los dos chicos que le ayudan a llevar las cosas, pero ahora la gente ya no tiene plata para comer, menos para comprar tazas. A veces hace \$ 50 o \$ 60 al día. Pero ¿qué hacemos con esto? (Son cuatro niños.) Y ahora hicimos una reunión en el colegio de mi hijo y la profesora nos pidió \$ 70 de cuota. Fuimos a decir que era demasiado... Nos trató de impertinentes... ¿Cómo voy a pagar \$ 70 cuando no tenemos a veces para comer? Otros padres dijeron que no era tanto. Yo dije "seguramente sus esposos tendrán trabajo, pero el mío está cesante y no tengo \$ 70 y no los voy a pagar". La profesora insistió y luego nos amenazó que no les daba el pase a fin de año.

—Pero no puede hacer eso...

—Sí, Madre..., a mi hermana en el sur le pasó lo mismo... (relato del episodio). Igual que acá en el liceo..., en cada reunión de la municipalidad, dicen que es gratuito, hasta que una señora un día le dijo que dejaran de decir eso porque había pagado \$ 800 para matricular a su hijo. Una no pagó y durante 15 días le decían que no sabían en qué clase iba a quedar..., hasta que tuvo que pagar. Yo, para poder pagar, tuve que ir a trabajar a la viña. ¡Cómo me cansé...! Llegaba y me tiraba a la cama... Con eso pagamos la cuota de la matrícula del mayor en el liceo.

—¿Usted conoce a la señora...? —mi interlocutor no paraba—. Su marido está también sin trabajo hace meses. Sale todos los días, a veces en la mañana; para poder desayunar, tiene que esperar vender algunos cigarrillos sueltos y con eso desayunan. Y la gente es mala. En lugar de comprarle a ellos —los vecinos saben que es—

tán sin pega—, compran al frente, que tiene un negocio instalado y no necesita tanto.

—A veces la gente sabe dónde hay trabajo y no nos avisa, porque tiene miedo de recomendar a alguien. ¡Como si no nos conocieran! ¿Sabe lo que nos hizo el vecino? El le había pasado a mi marido \$ 1.000, porque un día necesitaba. Como sabe ahora que está cesante, para asegurarse la plata, le pidió el reloj. Mire si eso se hace... Si no le paga es porque no tiene por el momento. Y pensar que mi esposo, en un principio, le había hecho tantos favores.

—A veces se encierran (con el otro amigo cesante) todo el día en la casa a esperar..., no tienen nada que hacer... Hace algún tiempo comprábamos **El Mercurio** el domingo para ver si encontrábamos algo. Fue algunas veces a ver sin ningún éxito. Al final le dije que era más la plata que perdíamos con la compra del diario y con la locomoción, que era mejor no seguir con esa lesera. Estamos desesperados.

Luego pasó a hablar de los hijos, diciendo que el mayor parecía completamente ajeno a la situación, a pesar de que "todos nosotros le decimos". En cambio, el más chico se preocupaba mucho, "por eso está tan flaco y desnutrido"... "A veces mi marido se atrasa...; el Pedro (el más chico) se pone nervioso, va a la puerta a ver si llega, y me dice: 'Mamá, capaz que los carabineros detuvieron al papá y le hayan sacado todo...' Los sábados comemos tallarines a mediodía. Un día dije que los íbamos a comer así no más, porque no tenía plata para comprar salsa de tomate. Al Pedro no le gusta así... salió de la casa, se fue a vender bolitas y cuando juntó \$ 10 volvió, y con los \$ 7 que tenía, pude comprar un tarrito".

El cesante

Así, y en mil otra versiones por el estilo es vivida la cesantía en nuestras poblaciones. No hay aspecto de la vida que se escape de su siniestro influjo. Lo material y lo espiritual. Relaciones entre

esposos, con los hijos y con el vecindario. Alimento, vivienda, educación..., en todo repercute la cesantía. Afecta además muy particularmente la salud física y moral; la desnutrición, la enfermedad, el alcoholismo, la droga, la prostitución, son sus secuelas ordinarias.

Hay otras cesantías que ofrecen sus propias particularidades: la cesantía del campo y de las regiones forestales con la marcha interminable de los que buscan trabajo, por los caminos, ya polvorientos, ya enlodados, del centro y sur del país. La cesantía del minero del carbón con un destino que se vuelve cada día más negro, mientras se aferra a lo único que le queda de toda una vida de esfuerzo: su casita y su rincón del terruño. La cesantía del pirquinero del norte chico, a quien un hado caprichoso, llamado "precio internacional", ha golpeado, despojando de su valor al producto de su trabajo. La cesantía de las ciudades del norte, aprisionadas entre el mar y el desierto, ambos repletos de riquezas; pero se las obliga a esperar

un príncipe azul —el extranjero con dólares— que les abriría con llave de oro al acceso de ellas. La cesantía del profesional que no se resigna a abandonar el sueño de una juventud y el esfuerzo invertido en sus mejores años, para "rebuscar", junto a tantos otros, una pega cualquiera, "lo que salga".

Pero hay otra dimensión. La cesantía penetra en la profundidad del alma y el quebrante que produce escapa a toda descripción. Depresión, desesperación, neurosis diagnosticarán los sicólogos. Pero tal vez sólo el poeta podrá expresar el desconcierto y el derrumbe de espíritu que se produce. Gastón Guzmán nos traza unos rasgos en "El Cesante", declamado este Viernes Santo en el **Vía Crucis** del Trabajador (ver recuadro).

Las cifras

Las estadísticas sólo logran captar una dimensión cuantificable de la cesantía. Nos dicen cuántos están afectados por esta

EL CESANTE

*"El contento que llevamos entre los pliegues del alma, se va apagando, apagando.
Por cada puerta que niegan, uno se mira las manos
y dan ganas de ahorcar, de matar, sí, de matar.*

*Y yo que soy tranquilo me tiño de impotencia
y me torno agresivo y me revuelvo,
palpitante el estómago, de coraje, de miedo,
por la calle enemiga de larga...*

*Y yo que no sé llorar, el corazón se me aflige
y agarro un galope corto, como qué quiero sangrar
y tengo que apartar la vista
de los negros de mi vieja; ella se muerde los labios
y yo me largo a silbar...*

*Mi silbido mata el hambre,
mata la envidia y la rabia
y así me voy deshojando...*

*¿De qué me sirven los brazos?
Se secan si no trabajo...
Quiero sentir otra vez que mi negra compañera
lave la ropa cantando,
y que parta un amasado sin regatear con mis cabros".*

desgracia. Pero esta dimensión es importante, porque señala la cifra multiplicadora de esta experiencia de frustración y de muerte.

Actualmente tenemos en el Gran Santiago unos 235.000 desocupados, según cifras oficiales de marzo-mayo. Unos 50.000, entre ellos, buscan trabajo por primera vez; los demás no han podido volver a trabajar, habiéndolo hecho anteriormente ("cesantes", en sentido estricto). A estos 235.000 habría que añadir a los que se han acogido al "empleo mínimo" (PEM), donde recibían \$ 1.300 mensuales (en adelante, el subsidio será de \$ 2.000 mensuales). La cifra total de desocupados debe ser, por tanto, de unas 260.000 personas, siendo la fuerza de trabajo en Santiago de 1.347.000 personas.

Se calcula que por cada cesante hay, como promedio, dos personas que dependen de él. Esto significa que habría casi 800.000 personas sufriendo directamente los efectos de la cesantía en el sólo Gran Santiago.

Cálculos semejantes referidos a todo Chile nos indican que existen unos 700.000 desocupados que buscan trabajo sin encontrarlo. Añadamos a éstos los 160.000 ocupados en el PEM y tendremos unos 860.000 trabajadores sin empleo y, en total, unas 2.580.000 víctimas de la cesantía en todo el país.

Pero la cesantía tiene una dimensión que resulta terriblemente destructora, tanto para el individuo como para la colectividad: su duración. En marzo del año pasado el 37% de los cesantes llevaban en su cesantía desde seis meses hasta varios años. Y el país lleva ya 8 años (1974-1982) con una cesantía media tres veces superior a la histórica. La recesión mundial podrá tal vez dar razón de que este año la tasa oficial de desocupación hubiese llegado a 22,3% (contando el PEM), pero el 17,1% promedio de desocupación en los 8 años anteriores son producto auténtico del sistema económico elegido.

El cuadro estadístico que presentamos nos da el panorama completo:

Desocupación nacional 1960-1982
(Porcentaje sobre la Fuerza de Trabajo)
Promedio Anual

	oficial	PEM	real
1960-69	6,5	—	6,5
1970	5,7	—	5,7
1971	3,8	—	3,8
1972	3,1	—	3,1
1973	4,8	—	4,8
1974	9,2	—	9,2
1975	14,5	2,3	16,8
1976	12,7	5,0	17,7
1977	11,8	5,9	17,7
1978	14,1	4,2	18,3
1979	13,6	3,9	17,5
1980	10,4	5,2	15,6
1981	11,2	4,9	16,1
1982	18,1	4,2 ¹	22,3

Fuente: ODEPLAN, INE

¹ Datos para marzo de 1982 del Depto. de Economía U. de Chile, en cuanto al PEM

Hasta aquí hemos presentado cifras oficiales. Pero todos sabemos que éstas no representan toda la magnitud del mal. No englo-



La cesantía penetra en la profundidad del alma

ban, por ejemplo, a los que ya no buscan trabajo, porque han perdido toda esperanza de encontrarlo; éstos, técnicamente, ya no se computan como "desocupados", sino como "inactivos". Están, además, los que se ocupan en "pololos" o en seudotrabajos, como los vendedores sin permiso o los cuidadores de autos. Están los mismos trabajadores contratados que se ocupan tres días a la semana o "gozan" de vacaciones forzadas sin pago. Si la desocupación abierta sobrepasa actualmente la quinta parte de nuestra fuerza de trabajo, la disfrazada podría cubrir otra quinta parte más.

Es difícil imaginarse el cúmulo de sufrimientos y daños irreparables que todo esto significa. Sólo cabe admirarse cómo no se ha declarado "emergencia" o "calamidad pública" esta situación del país..., tomando esas designaciones, por supuesto, en su genuino sentido.

¿Por qué la cesantía?

Nos referimos siempre a nuestra cesantía, la que arrastramos

desde 1975, agravada últimamente por la recesión. La que continuará indudablemente después de la devaluación y las demás medidas económicas tomadas recientemente, pues éstas no demuestran una voluntad eficaz de erradicar la cesantía, sino que se mueven dentro del mismo esquema económico que hasta ahora nos rige.

Más allá de todos los análisis de la ciencia económica sobre las causas de la cesantía, hemos de partir de una verdad fundamental: nuestra cesantía no es obra de la naturaleza, ni necesidad impuesta por pretendidas "leyes económicas". Nuestra cesantía es objeto de una libre opción que se ha tomado y que se sigue manteniendo. No es un mal inevitable. Hay en la nación, en términos absolutos, capacidad sobrada para eliminarla radicalmente. "Where there is a will, there is a way". Si hay voluntad, habrá medios para lograrlo. Lo que pasa es que no hay voluntad. Entre varias opciones posibles en lo económico-social, se ha optado por esta cesantía.

Una opción de este género podría ser razonable. Lo sería si la cesantía fuera justamente valorada como un "mal menor" que podría y debería ser asumida en vista de un "bien mayor". Entonces sería razonable "tolerar" la cesantía, es decir, quererla no en sí misma, sino como condición o resultado inevitable en la prosecución de bienes mayores.

Efectivamente, todos hacemos sacrificios y nos apretamos el cinturón por un bien mayor, por ejemplo, por la capacitación profesional de un hijo bien dotado o por poner en pie una región devastada por un terremoto. Pero este sacrificio tiene un límite: que el sacrificio mismo no sea mayor que el bien logrado. Nadie, por favorecer a uno de sus hijos, podrá comprometer la vida o educación fundamental de los demás.

Nos preguntamos pues: ¿será nuestra cesantía un "mal menor"? ¿qué logros de mayor ponderación habría que justifiquen el cúmulo de males causados por la cesantía?

DESEMPLEO

"La solución debe encontrarse en la **solidaridad con el trabajo**, es decir, aceptando el principio del primado del trabajo humano sobre los medios de producción, el primado de la persona que trabaja sobre las exigencias de la producción o las leyes puramente económicas. La persona humana constituye el criterio primero y último para la planificación del empleo; la solidaridad con el trabajo constituye el motivo superior en todos los intentos de solución y abre **un nuevo campo** a la ingeniosidad y a la generosidad del hombre".

Juan Pablo II.

En la O.I.T., 15 de junio de 1982.

Si queremos aprender de nuestra historia, recordemos cómo, en 1975, se optó deliberadamente por aplicar un "shock" económico que envolvía una alta cesantía y una fuerte devaluación de los salarios. Para justificar estas medidas, se habló de la erradicación de la inflación a corto plazo —una autoridad responsable afirmó que esto se lograría al término de ese año—. Se habló de sanear nuestro sistema económico según los postulados de la escuela neoliberal, alias "Chicago". Se habló de poner las bases para un sólido y sostenido progreso económico.

Pues bien, todo este proyecto, juzgado con la perspectiva de estos ocho años, ha fracasado. Y aquí es donde el economista debe someter a crítica su concepto de "sanidad" y "progreso económico". La economía está al servicio del hombre, sobre todo del más pobre. La situación de los más pobres es el "indicador" preferencial con que se puede juzgar la sanidad y progreso de un régimen. ¿Qué sanidad puede reivindicar un régimen que agrande la distancia entre ricos y pobres, reduciendo drásticamente el valor real de los salarios y que, cuando los salarios recuperan, apenas en 1981, el valor adquisitivo que tenían en 1970, no halla mejor solución para la recesión actual que volverlos a reducir?

Pero, volviendo a la sustancia de nuestro argumento, afirmamos que nuestra cesantía no es

un "mal menor"; es un mal mayor y en buena medida irreparable. Hogares destruidos, niños desnutridos, juventudes ajadas, vicios contraídos (alcoholismo, drogas, prostitución, criminalidad), chilenos desbandados por todo el mundo, una generación frustrada..., ¿no son éstos males absolutamente mayores y, por encima de esto, irreparables? Y notemos que no se trata del sacrificio de una generación, voluntariamente asumido por ella, en aras de una noble causa. Tal sacrificio sería ennoblecedor. Se trata aquí de la frustración impuesta a una generación por un régimen de fuerza y por motivos injustificados (usamos el calificativo más benevolente). Tal frustración es envilecedora.

Ninguno que crea en el valor trascendente del ser humano puede contemplar sin estremecerse este envilecimiento físico y moral de toda una generación. No se pueden hundir vidas y destinos del presente por el espejismo —demostradamente "espejismo"— de logros futuros. Montar y mantener un sistema económico que contempla la negación de las condiciones básicas de una vida humana se acerca demasiado a un brutal genocidio: es un crimen contra la humanidad.

Un juicio ético, el de Juan Pablo II

Hemos hablado de "nuestra cesantía", tal cual la vivimos hoy

y la venimos arrastrando como un mal social desde hace ocho años. Pero, además, está "la cesantía", la que suele acompañar como su sombra al régimen liberal capitalista; la que es tolerada —"laissez-faire"— donde se establece el libre mercado, también el del trabajo, como principio básico regulador de la vida económica; la que también encuentra sus paliativos, como son los subsidios de cesantía en los regímenes capitalistas de orientación social.

Contra esta última cesantía ha hablado Juan Pablo II en su encíclica **Laborem Exercens**. Allí establece el "pleno empleo" como un imperativo que debe orientar todo ordenamiento ético de la economía social. (Este pleno empleo no excluye evidentemente la cesantía friccional que se da en todo régimen.)

Trabajar, nos explica el Papa, es un derecho para todo hombre. Es un bien personal, el despliegue de la propia capacidad del individuo. Es, a la vez, su contribución a la sociedad a la que pertenece, el ejercicio de su ser social. A estos objetivos tiene todo hombre estricto derecho.

Por esto, nos dice el Papa, "un problema fundamental" para el "empresario indirecto" es **encontrar un empleo adecuado para todos los sujetos capaces de él**. Y añade a continuación (aquí el subrayado es nuestro): **Lo contrario de una situación justa y correcta en este sector es el desempleo**.

Para lograr este objetivo, prosigue el Papa, "las instancias definidas aquí como 'empresario indirecto' deben proveer a una **planificación global**" (L.E., n. 18, subrayado original).

Por "empresario indirecto" entiende el Papa todas las instancias de ordenamiento económico, sean personas, cosas, instituciones, particularmente el Estado, de los que depende una política laboral. Ellos son los responsables de asegurar trabajo para todos.

Un pecado social

De lo dicho, se desprende que, usando el lenguaje cristiano, po-



Nuestra cesantía es un mal mayor y, en buena medida, irreparable

demo discerner en la situación de desempleo un pecado social, entendiendo por tal un pecado cuyo sujeto responsable es la sociedad. Y la sociedad somos todos, en la medida en que como sujetos libres y conscientes tenemos algo que decir y hacer. Y haya o no haya dictadura, tendremos siempre algo que decir y hacer. Pero es claro que los muy particularmente responsables son los que han tomado y mantienen las decisiones claves en esta materia.

Y ¿cuál será nuestra responsabilidad específica en lo que concierne al pecado de "nuestra cesantía" descrito en estas páginas? Este pecado nos será imputable en la medida en que hayamos colaborado en forma consciente y libre para afianzar esta política económica y este sistema laboral. O bien, en la medida en que, por omisión, no hayamos hecho nada de lo que está a nuestro alcance para desautorizarlos y cambiarlos. Si no nos desolidarizamos en forma activa

de una acción social que, por definición, es de todos, nos hacemos corresponsables de ella.

¿Cuál ha de ser nuestra tarea desde el momento en que caemos en la cuenta de nuestra responsabilidad? Hay una ayuda directa que se puede dar al necesitado, especialmente la de dar trabajo. Pero eso no basta si queremos reparar el mal social. El que como "empresario directo", en términos de Juan Pablo II, da trabajo a cien operarios, puede ser simultáneamente corresponsable de la cesantía de los otros ochocientos mil operarios. Cuando, impulsados por la caridad, tratamos de resolver todas las necesidades que encontramos a nuestro alcance, podemos ser aún corresponsables **in causa**, como dicen los teólogos, de todas ellas y de muchas otras, si no hacemos todo lo que está a nuestro alcance por lograr el cambio de la política económica y laboral que son causas principales de la cesantía nacional.

El Estado tampoco cumple con

"Nuestra cesantía es objeto de una libre opción que se ha tomado y que se sigue manteniendo"

su tarea si se limita a remediar, por medio de "acción social", subsidios y otras medidas, los efectos de una política laboral injusta. Los cesantes no deben ser considerados meros "objetos" de beneficencia, pues tienen pleno derecho a participar como "sujetos", a través de su propio trabajo, en el quehacer social. La obligación primera del Estado es simplemente cambiar la política económica y laboral que hace posible este nivel de cesantía.

A un pecado social corresponde una conciencia social. Esta conciencia podrá ser distraída, narcotizada, silenciada. Se podrá tratar de ahogarla definitivamente. Pero no podrá dejar de regis-

trar, en sus repliegues más profundos, el pecado que se está cometiendo contra el pueblo de Chile. La cesantía carga como gravísima culpa sobre la conciencia nacional. Es un pecado contra la vida; se está destruyendo una generación.

No existen hoy canales para que esta conciencia de pecado tome cuerpo y encuentre su expresión adecuada. Hay represión externa, censuras interiorizadas y temor. Aun la Iglesia, llamada a expresar la conciencia moral de la nación, no ha podido con libertad dar el pleno testimonio del Espíritu que gime y clama en su interior. Pero ninguna nación, como tampoco individuo alguno,

puede vivir mucho tiempo negándose a sí mismo. Llegará un día en que la conciencia profunda del crimen, que se ha cometido contra el pueblo de Chile, aflorará como el bramido de un torrente incontenible.

Entonces volverán los marginados de nuestra sociedad. Volverán a ocupar las minas, las fábricas y las sementeras; volverá a sonar la sinfonía del trabajo en este maravilloso taller común que Dios nos ha dado. ¿No es todo Chile el taller de todos? ¿No estamos todos llamados a ser en él "copropietarios" y "comprometidos" los unos con los otros? (Cfr. Juan Pablo II, L.E. n. 14). Entonces no habrá más cesantes, nadie se sentirá extraño ni estará sobrando y, al volver el hombre a su casa, terminado su trabajo,

"escuchará nuevamente cómo la vieja compañera lava la ropa cantando y la verá partir el amasado, sin regatear con sus cabros".□